

El falo de oro, Argüelles en mi memoria

GABRIELA YNCLÁN

Y nació donde canta el pijul
Y florecen las ramas.
Nació allá cerca de Veracruz.
¡Soy de cantarranas!
Mas sin embargo queridas pulgas
Mis tibias playas abandoné.
Siguiendo al hombre que me juraba
Amor eterno, esencia de fé
El Retablo del gran relajo. HUGO ARGÜELLES

I

En escena; luces amarillentas de nostalgia. Argüelles en mi memoria: Me toma por los hombros, me abraza, sonríe. Tiene el pelo cano, los ojos bellos y vivaces, estamos en el pasillo de su casa; tan original, excéntrica, barroca, tan como él, llena de energía; hasta el tope de libros, discos y fotos. Hugo coleccionaba, películas, libros de arte, imágenes de la muerte, homenajes y amantes, entre otras cosas. Era un melómano; escribía con música, escucharla, lo ayudaba a encontrar el tono y el género de la obra. También era un hedonista glotón; el hambre lo ponía de pésimo humor: ¡Necesito una empanadita o un chocolatito! Gritaba enfurecido. Adoraba

comer, tanto como coger. Decía que todos los males se quitaban haciendo sexo; si alguien tenía migraña, estrés o dolor de muelas, le recetaba: “Búscate por favor un amante y deja de estar lloriqueando como niño caguengue”. Argüelles era un Eros con pequeños tintes de tánatos. Fue un hombre que lo tuvo todo, belleza e inteligencia, talento y una buena dosis de locura y soberbia. No sé si siempre fue feliz, cuando lo recuerdo, pienso que sí, tenía un sentido del humor especial y era un gran seductor.

II

Antes de abrirse el telón se escucha la voz del Señor de la Noche, del Hombre del humor más que negro: ¿Cómo vamos a celebrar este año mi cumpleaños? Al Divo Terrible le encantaban las fiestas de disfraces que organizábamos sus alumnos para celebrarlo. ¿En qué año fue aquello? No lo sé con exactitud, pero recuerdo que citamos a los asistentes con riguroso disfraz, de acuerdo a una obra literaria, dramática o cinematográfica. Inició el despliegue de creatividad. Casa de muñecas, Medusa, Los Cuervos están de luto, Alicia en el país de las maravillas, El Ángel exterminador, Las flores del mal. Etcétera y más etcéteras. Ése fue el inicio y así nos seguimos: Las parodia de sus obras,

la fiesta de disfraces de burdel. El programa de radio con una trama de misterio donde sus enemigos; eran sus enemigos. Y la última, por cierto muy memorable. En un salón de fiestas infantiles. Riguroso vestido largo, estola, tiara. Los galanes de traje negro. Todo el protocolo tiene que ver con la entrega del Faló de Oro. Antes de la premiación, presentamos una parodia de Carmen de Bizet. Por fin llega el tan esperado momento. Argüelles recibe la presea muy satisfecho. Se para ante el micrófono y dice sin ninguna modestia: "Gracias pero se tardaron, me lo merecía desde hace mucho tiempo ¡Y ahora ya denme de cenar!".

Aquellas celebraciones de su cumpleaños nunca estaban exentas de algún magno espectáculo humorístico que aprovechábamos para burlarnos y hacer escarnio de sus berrinches y actitudes prepotentes. Después de la fiesta hablaba por teléfono con varios de los organizadores, se quejaba porque habíamos dicho que era misógino, manipulador o soberbio y preguntaba quién había escrito el libreto

de la representación, a lo que todos respondíamos como Lope: Fuente Ovejuna Señor.

III

Al fondo: sonidos abstractos de una colonia clasemediera, perros que ladran cuando uno toca a la puerta. Son las diez de la noche, "El recinto es una extraña mezcla de capilla barroca y cámara mágica". Así describe Argüelles la escenografía en una de sus obras y así era su casa.

Primera vez que asisto al taller de ese hombre enigmático, mago de su propia historia. Estoy segura que la mitad de las cosas que cuenta sobre su vida son producto de la imaginación. Desde luego, el hombre sabe que trascenderá en la historia de la cultura del país y por lo mismo, le parece importante colaborar con el mito creado sobre él.

En el salón dos columnas de piedra, una chimenea en la parte de atrás. Las sillas de terciopelo rojo, el escritorio de Argüelles; sobre una tarima que lo levanta algunos centí-



Felipe Posadas

metros sobre nosotros. Él nos mira con ojos inquisidores, cuando alguien lee no hace ningún gesto, a veces, una leve sonrisa, tan enigmática como la de la Mona Lisa: Hugo nunca se ríe a carcajadas, esa sonrisa es lo más parecido a una aprobación sobre el texto que escucha. En su mano un lápiz o una pluma que golpea constantemente sobre el escritorio, éste rebosa de papeles y libros. Detrás un cuadro con un Argüelles joven y guapísimo; el gazné y la barba de candado le dan el porte, más que dramaturgo parece actor de cine italiano.

En el taller hay una lista de lecturas semanales. Llevo en una carpeta, mi primera obra mayor. Me indica que me presente. Hugo conoce a mi familia, mi madre ha trabajado en sus obras como actriz. Alguien me anota en una lista y me señala el día en que me toca leer. El taller empieza con un ejercicio: hay que escribir a oscuras, escuchando música, ésta conduce la mano. Algo habrá de magia en esa casa que tu mano no para de escribir. La música se transforma en imágenes, poesía o diálogo.

La luz vuelve al salón. Su voz firme: ¿Quién quiere leer? Argüelles hace algún comentario sobre los textos, deja un ejercicio de tarea. A las doce de la noche terminamos. Es viernes, nadie tiene sueño, Hugo menos que nadie; ahora inicia su actividad creativa. Lo acompañamos a cenar en algún restaurant, una y otra vez, durante muchos años.

IV

...Sobre el silencio entra el cura con el niño en brazos. En su rostro hay terror, las ropas del niño están desgarradas).

Cura: (Temblando) Todos querían besarlo... ¡Querían tener sus ropas...! ¡Y lo pasaban de mano en mano!

(La gente empieza a aparecer en las ventanas. Sus rostros expresan desconcierto y curiosidad. Hay un silencio absoluto)

(Jacinta se desprende de Arnulfo...)

Jacinta: Mi niño... (Grita) ¡Tá muerto!

El tejedor de milagros. (Acto tercero. Fragmento)

Conocí a Hugo mucho antes de conocerlo, por mi

madre, por sus obras que vi y leí. Argüelles escribía un teatro barroco, rebuscado, lleno de animales humanos, de situaciones turbias, oscuras, vitriólicas, de sonrisas a medias. Le gustaba hurgar en las entrañas de los personajes; buscarles la parte más negra. Parecía solazarse al descubrir nuevas perversiones de las que es capaz el ser humano. Se fascinaba mientras les daba vida. Particularmente prefiero los personajes de sus farsas: el Querubín, la Hiedra, El Ángel, la Ninfa, La Musa, Las Vampiras Morales, La ronda de la hechizada, El retablo del gran relajo, creo que ahí puedo encontrar su espíritu, su humor, su maledicencia, no en la razón porque Hugo no era razonable por mucho que pretendiera serlo, aunque admirara a Ibsen y a Chejov. Hugo era temperamental y arbitrario. Claro que también tenía su dosis de ser amoroso, de padre consejero, de amigo. "El subconsciente tiene las claves del destino". No lo olvides, me dijo, mientras hablabamos del Tejedor de milagros, de la tragicomedia como el equilibrio entre el humor y lo trágico. "El destino está en cada uno de nosotros; no culpes a nadie de lo que te pasa; uno mete la pata y se llena el camino de obstáculos o por el contrario logras lo que te propones.

Viví con Hugo muchos momentos importantes de mi vida. Tal vez de los mejores momentos de mi vida, de alguna manera me regresó a mis orígenes: el teatro, el lugar donde nací y crecí.

Dicen aquellos que le guardan algún resentimiento que lo conocí cuando estaba cansado, para 1987 ya no era el mismo, ya no arremetía contra todo el mundo, vociferaba y pegaba en la mesa de manotazos. Sin embargo todavía lo vi montar en cólera y encabezar terribles zafarranchos cuando algo no le gustaba o burlarse y poner en ridículo a quienes lo atacaban. Argüelles era el rey del apodo macabro. ¡Hay de aquél que caía en sus odios! Yo, por fortuna, fui parte de sus afectos.

En escena: Luz blanca de sala. Un reflector alumbró al dramaturgo, él agradece los aplausos. En mi mente, luz amarillenta de nostalgia. 📖